

Sobre un vecino mío que ya no está

Artez, núm. 145, maig de 2009

Alfonso Sastre

Sombra — Anda usted un poco triste esta tarde, mi capitán.

Sastre — Lo estoy, sí.

Sombra — Y yo sé la razón.

Sastre — ¿Sí?

Sombra — Porque acaba de morir alguien que fue amigo suyo desde hace muchísimos años, en la vida, pero, sobre todo en el teatro, y que ha sido su vecino en estas páginas, en la de al lado de ésta concretamente.

Sastre — Sí, Ricard Salvat cuya vecindad en esta revista, y en cualquier lugar en el que nos encontráramos, era una alegría y un honor para mí.

Sombra — Usted sentía una alta estima por su trabajo, yo lo sé, aunque no tuvieran muchas relaciones, y también recuerdo que hace unos años, cuando estaba vacante la sede directiva del Teatro Nacional de Catalunya, usted expresó —¿no fue en estas mismas páginas?— su opinión a favor de su nombramiento para esa sede. Naturalmente nadie le hizo caso.

Sastre — (*Reflexivo*) Habría sido un gran director para un Teatro Nacional de Ca-

talunya, porque él sabía lo que esa responsabilidad comporta; y era apropiado para ella por su lealtad insobornable a la cultura de su pueblo y, a la par, por su internacionalismo —que no vacuo cosmopolitismo— en relación con las demás culturas nacionales, adyacentes, próximas y lejanas. Lo primero era muy evidente en su amplia y delicada atención a la obra de autores como Salvador Espriu, y Joan Brossa. Sobre el primero son inolvidables sus trabajos sobre y con textos como los de *Ronda de mort a Sinera*, *Primera historia d'Esther* y *La pell de brau*. Por lo demás, él no fue una persona encerrada en el teatro ni en la Universidad ni en Catalunya, y es muy de recordar, entre otras, su actividad, tan peligrosa durante la Dictadura, por la paz mundial, vinculada al CMP (Consejo Mundial de la Paz), que estaba vinculado notoriamente a la Unión Soviética.

Sombra — (*Sonríe recordando*) Famosa fue aquella fotografía de Helsinki (1965), durante una reunión por la paz, en la que aparecen, junto a Ricard Salvat, Eva Forest, Mari-Aurelia Company, Angel Gon-



■ D'esquerra a dreta: Ricard Salvat, senyora de José Monleón, Alfonso Sastre i José Monleón. Hondarribia (1997). (Arxiu Família Salvat'Golobardes.)

zález y otros amigos, Jean Paul Sartre, Ilya Ehreburg, Miguel Angel Asturias y Pablo Neruda.

Sastre — Sí... Hoy se puede ver aquella fotografía en el libro sobre Ricard que con este título —*Ricard Salvat*— publicaron García Ferrer y Martí Rom en Barcelona (1998).

Sombra — ¿Qué fue Salvat, sobre todo, un gran profesor de historia del teatro e informante y crítico de su actualidad en el mundo? ¿Un notable director de escena? ¿Un escritor de ficciones, dramas y novelas?

Sastre — Él fue un creador múltiple, y lo fue también dirigiendo con mano maes-

tra el Festival de Sitges y más tarde la estupenda revista *Assaig de Teatre*, como director, que así mismo fue, de la Asociación de Investigación y Experimentación Teatral de la Universidad de Barcelona, en la que ciertamente ocupó brillantemente una cátedra de artes escénicas, sin que pueda olvidarse lo que él significó para la renovación del teatro catalán trabajando con Maria-Aurelia Campany en la Cúpula del Cine Coliseum de Barcelona, al frente de la Escuela de Arte Dramático (luego Compañía) Adrià Gual.

Sombra — ¿No son muchas, demasiadas cosas para una sola persona?

Sastre — Bueno... Pues sólo hemos men-

cionado una parte de todo lo que él hizo, y tampoco hemos mencionado el alto nivel de sus libros, entre los que destaca su excelente obra teórica *Quan el temps es fa espai*, *La professió de mirar*, publicado en 1999 por el Institut del Teatre de Barcelona.

Sombra — Basta, basta, maestro. ¿Y me puede decir de dónde surgió aquel gran espíritu de trabajo en el campo del teatro?

Sastre — Yo creo que el «abuelo» espiritual de Ricard fue Adrià Gual y su Teatre Intim: un gran maestro que hizo la vanguardia del teatro catalán: lo que hoy se llamaría «su modernidad», con discutible expresión.

Sombra — Una pregunta más aún: ¿Y adónde iba nuestro buen Ricard?

Sastre — Desde luego, no «a cualquier parte» como tantas gentes del teatro de hoy, que caminan erráticas. Él apostaba por «otro mundo» posible, de justicia y de paz, que son las señales propias de la verdadera belleza, y así vivía en ese lugar del espíritu en el que confluyen la estética, la ética y la política. Yo también trato de acceder a ese lugar; siempre lo he intentado.

Sombra — Se puede pensar, pues, en una gran deuda adquirida por el teatro catalán con respecto a él...

Sastre — Desde luego. El teatro catalán, y

el español le deben, entre otras cosas, una fecunda apertura a la cultura alemana, y especialmente a la obra dramática, y, sobre todo teórica, de Bertolt Brecht.

Sombra — (*De pronto*) Oiga, ¿y por qué ustedes nunca trabajaron juntos, si se sentían tan próximos el uno al otro? ¿Tantas afinidades y ningún trabajo común en tantos años?

Sastre — (*Sonríe con buen humor*) Porque, como tú de sobra sabes, oh sombra mía, el teatro es una realidad empedrada de grandes paradojas, como el infierno lo está de buenas intenciones. Nosotros luchábamos prácticamente por la misma causa y hemos sufrido parecidos rechazos, marginaciones y ninguneos, pero, eso sí, también éramos muy diferentes, aunque, eso también, siempre amigos. ¡Jamás hubo la más ligera sombra de enemistad entre nosotros!

Sombra — Ahora está más claro por qué andaba usted triste esta tarde, don Alfonso.

Sastre — (*Moviendo la cabeza*) No tenía humor para seguir y terminar hoy con nuestro tema sobre la prosa y el verso en el teatro. Es cierto.

Sombra — ¿Otro día será?

Sastre — (Un tanto melancólico) Otro día, será... *Deo volente*.